

Entre los usos del pasado, del presente y del futuro

Pensar el tiempo histórico a partir de los vínculos entre la historia y la política

-Camila Tagle-

[Universidad Nacional de Córdoba]
(camilatagle@yahoo.com.ar)

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo explorar teóricamente una noción compleja como la de tiempo histórico, para derivar de allí algunas claves que nos permitan repensar la relación entre la historia y la política. El problema de los usos del pasado aparece en el centro de la cuestión, y nos indica otro de los caminos de indagación posible: el de la legitimación del poder. Entendemos que no se dispone de una teoría sistemática o acabada sobre el tema, pero esto, antes que un límite, nos pone frente a un desafío: hacer dialogar aportes clásicos y recientes, rescatar fragmentos diversos que nos permitan formular mejor nuestras preguntas de investigación. En este caso, el ejercicio se presenta como una instancia de un problema mayor, relacionado con el análisis de los usos del pasado en la Argentina actual. Una pregunta por los procesos contemporáneos de construcción de las memorias oficiales dirige, así, por momentos, el recorte efectuado.

Desde perspectivas diferentes, Arendt, Koselleck y Hartog nos brindan los puntos de partida para avanzar en el análisis de un problema que no mantiene siempre los mismos contornos, precisamente por estar íntimamente conectado con el plano cambiante de la política. Si las preguntas de los primeros se orientaron a develar las claves de la transformación del tiempo moderno, sería interesante intentar el ejercicio de pensar cuánto de ello pervive en muchas de nuestras sociedades, tensionadas por la conjunción de tres fenómenos en apariencia contradictorios: un “estallido de la temporalidad”, una “fascinación por el futuro” y una “cultura de lo instantáneo”.¹ Para ello, la propuesta de Hartog constituye un aporte necesario.

Sabemos que la continuidad del pasado ya no se explica a partir de la figura del testamento, que “al decir al heredero lo que le pertenecerá por derecho, entrega las posesiones del pasado a un futuro”.² Una vez que se cortó el hilo de aquello que, valga la redundancia, tradicionalmente llamamos tradición, la brecha entre el pasado y el futuro se convirtió en una realidad tangible y compleja, en un hecho de importancia política, favorecido por la “gran oportunidad de mirar al pasado con ojos a los que no oscurece ninguna tradición”.³ A dicha oportunidad se le superponen hoy múltiples otras mediaciones, dentro de las cuales elegimos la política, por entenderla portadora de una complejidad fundamental. En relación a ella el pasado dejará de entenderse como mero sustrato de la historia o la historiografía, para pasar a comprenderse como una dimensión constitutiva de la conflictividad propia

1 CAETANO, G: *A propósito de las complejas relaciones entre Historia y memoria: el horizonte democrático y los requerimientos de una “nueva orquestación del tiempo”*.

2 ARENDT, H: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, p.11.

3 Ibidem.

de lo social, al fomentar imaginarios, legitimar poderes o impulsar la invención de nuevas tradiciones. Las categorías de “espacio de experiencias” y “horizonte de expectativas” acuñadas por Koselleck vuelven a ser útiles para analizar actuales procesos de legitimación política en los que el futuro parece encontrarse en el pasado.

Nos interesa, pues, efectuar un recorrido teórico que permita divisar el modo en que historia, memoria, política se constituyeron en los términos fundamentales de una relación que, según cómo se la aborde, aporta elementos centrales, pero disímiles, en las consideraciones respecto al estatus del conocimiento y tiempo histórico y sus vínculos con un campo social más amplio.

Entre el pasado y el futuro; Futuro pasado: acerca de los usos del tiempo histórico

La propia expresión “usos del pasado” contiene ya importantes supuestos teóricos y epistemológicos. En efecto, sostener que el pasado puede ser *usado* implica asumir algún posicionamiento respecto a qué entendemos por ese pasado, cuáles son los alcances temporales, prácticos y políticos que le otorgamos, qué lugar ocupa la historia en tanto usuaria principal –aunque no exclusiva– de dicho pasado. Implica, como punto de partida, reconocer que ésta no tiene el monopolio sobre aquel, sino que está inmersa en un terreno permanente de conflictos y luchas por la atribución de significados, marcado en gran medida por los ritmos de un presente que no deja de efectuar sus exigencias a un pasado *que no pasa*. En cada momento presente, las dimensiones temporales del pasado y del futuro se remiten las unas a las otras.

Sostiene Huyssen que desde finales del siglo XX es posible observar un deslizamiento significativo en lo que respecta a nuestra experiencia y preocupación política por el tiempo: de los futuros presentes a los pretéritos presentes.⁴ Si la conciencia moderna del tiempo buscaba asegurar un futuro promisorio, la que se instaura a fines del siglo XX implica la tarea –no menos riesgosa– de asumir la responsabilidad por el pasado. Creemos que este deslizamiento es portador de una importante significación política: una nueva relación con la temporalidad constituye un elemento fundamental en la construcción de una nueva política democrática.

“¿En qué medida se ha disuelto el antiguo *topos* en la agitada historia moderna?”⁵ Koselleck se preguntaba por la vigencia del tópico de *la historia magistra vitae*– aquel que indica que la estructura temporal de la historia pasada limita un espacio continuo de lo que es posible experimentar, no pensando teológicamente, sino de forma práctica-política-desautorizado, según el autor, por una historiografía que lo concebía como una “fórmula ciega que sólo seguía dominando en los prólogos”. Existe, sin embargo, una diferencia entre la mera utilización del lugar común y su efectividad práctica; la longevidad del *topos* es en sí misma causa suficiente para indagar en sus razones.⁶

La llegada de la modernidad trajo consigo –en el caso alemán– un reacomodamiento lingüístico que modificó los términos en los que debía entenderse la expresión. La convivencia de dos palabras que permitían aludir de manera diferenciada a la historia en tanto conexión de acciones pasadas o en su dimensión de “conocimiento sobre” devino en una fusión de significados condensados en un solo término. Quienes quisieron defender la supuesta esencia del *topos* se inclinaron a decir que la “historia sólo instruye renunciando a

4 HUYSSSEN, A: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*.

5 KOSELLECK, R: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, p.42.

6 *Ibidem*, p.43.

la *historie*".⁷ ¿Cuál de las dos, es, entonces, la historia maestra de vida? Si tenemos en cuenta que nuestro idioma no conoció nunca tal diferenciación, debiéramos pensar que dicha cuestión se mantuvo siempre en la base del problema que nos interesa. Sin desconocer esta ambigüedad ya sabidamente característica, debemos centrar la atención en el concepto de historia que abre a una dimensión de reflexión. Si aceptamos que existe una relación entre la historia y la política, estamos adelantando que la preocupación es por los procesos, siempre conflictivos, de apropiación, construcción y esfuerzos por hacer triunfar, ciertas imágenes de la historia, de las cuales dependerían los futuros que se pretenden construir.

*La historia que es sólo historia cuando y hasta donde se la conoce, está naturalmente ligada al hombre con mayor fuerza que una historia que sorprende al hombre en su acontecer a modo de destino. Únicamente el concepto de reflexión abre un espacio de acción en el que los hombres se ven obligados a prever la historia, planificarla, producirla, y finalmente, hacerla. Historia no significa ya únicamente relaciones de acontecimientos pasados y el informe de los mismos. Más bien se hace retroceder su significado narrativo y la expresión descubre horizontes de planificación sociales y políticos que apuntan al futuro.*⁸

Si queremos avanzar en la comprensión de los contenidos y fundamentos de las nuevas "experiencias respecto al tiempo" que caracterizan a algunas de nuestras sociedades contemporáneas, es preciso antes recuperar, revisar, o incluso construir categorías o nociones teóricas que nos permitan aprehender en toda su complejidad los alcances de unos fenómenos que presentan múltiples aristas: políticas, historiográficas, epistemológicas, filosóficas. Lo que se presenta a continuación es un intento por hacer dialogar algunos aportes clásicos y otros más recientes referidos a la cuestión del tiempo histórico, que resultan potentes para pensar el problema que nos interesa: el de la relación entre historia y política en las sociedades actuales.

Pensar el tiempo histórico es pensar en pasado, pero también en presente y futuro; mejor dicho, es pensar en términos de una articulación. Según cómo se conciba dicha articulación le cabrá, o no, un lugar a la política en tanto proveedora de claves a partir de las cuales interpretar la relación entre los términos. La elección de los autores responde en alguna medida a la creencia de que en cada uno de ellos es posible encontrar pistas que nos permiten pensar políticamente al tiempo, y junto con ello, a la historia. Entendemos que se trata de un paso previo y necesario para poder tener una mejor comprensión de un concepto complejo como el de "usos del pasado". ¿Hay algo en el "pasado" que hace que éste pueda ser usado? Lo que sigue puede ser leído como un intento de encontrar en los autores respuestas a dicho interrogante.

Experiencia y expectativa, regímenes de historicidad, brecha del tiempo: lo que une estas categorías teóricas es una común invitación a concebir al tiempo histórico no como una determinación vacía de contenido, sino como una magnitud que va cambiando con la historia, y cuya modificación se deduce, fundamentalmente, de la cambiante articulación generada por y desde el presente. Una magnitud, además, contenedora de fuerzas que inevitablemente entran en contacto, transforman y son transformadas por las personas.

El tiempo, dice Arendt—"observadora perspicaz" de sus roturas, según Hartog⁹-, no es un continuo ni un flujo de sucesión ininterrumpida; está partido por la mitad allí donde se encuentra el punto de mira del hombre, que no es estrictamente el presente, sino una *brecha*

7 Ibidem, p.52.

8 Ibidem, p.255.

9 HARTOG, F: *Regímenes de historicidad*, p.23.

a la que la definición de una postura frente al pasado y al futuro le otorga existencia.¹⁰ Este corte rompe en etapas lo que de otra forma sería un flujo de temporalidad indiferente; quiebra el continuo del tiempo, hace que las fuerzas se desvíen de su dirección original, si es que existe algo así como una dirección original. Habrá, pues, que interrogar esos momentos, cuando la evidencia del curso del tiempo viene a confundirse, cuando la manera en que se articulan pasado, presente y futuro se torna problemática, cuando el pasado y el futuro entablan una *lucha*.

Según el planteo de Arendt, la existencia de esa lucha se debe de modo exclusivo a la presencia del hombre, en cuya ausencia las fuerzas del pasado y las del futuro se habrían neutralizado o destruido mutuamente mucho tiempo atrás.¹¹ Resulta interesante advertir que no sólo el futuro, sino también el pasado puede ser visto como una fuerza, en contraste con aquellas imágenes que lo presentan como mera carga que el hombre debe sobrellevar y de cuyo peso muerto las personas pueden, o incluso deben, liberarse en su marcha hacia el futuro. En su calidad de fuerza, “el pasado jamás muere, ni siquiera es pasado”¹²; no lleva hacia atrás, sino que, en contra de lo que podría esperarse, impulsa hacia adelante, es el futuro el que nos lleva hacia el pasado. El poder de la tradición desempeñó históricamente la función de salvar la brecha, de tender un puente entre el pasado y el futuro; al seleccionar y dominar, transmitir, preservar e indicar dónde están los “tesoros” y cuál es su valor. Pero la tradición, sabe Arendt, hace rato que ya no posee su antiguo impulso. La perplejidad que trajo consigo esta ruptura resulta inseparable de –y a la vez compensada por– su conversión en un “hecho de importancia política”.¹³ Cada nueva generación, en la medida en que se inserte entre el pasado infinito y el futuro infinito, deberá descubrir de nuevo y elaborar con detenimiento ese “espacio intemporal situado dentro del corazón mismo del tiempo”¹⁴ que ya no puede heredarse. Adquirir experiencia en relación a cómo pensar y cómo moverse en esta brecha, que ahora se nos presenta abierta, se torna así un desafío. En el punto de intersección de ambas fuerzas se conjuga, pues, el presente y futuro político.

La elaboración de una postura frente al pasado y al futuro que dé sentido a la brecha adquiere un significado estrictamente político; se convierte en una tarea fundamental para cualquier sociedad (generación) que pretenda situarse respecto al tiempo; construir sentidos de ruptura o continuidad, relaciones temporales que vayan más allá de la mera cronología. Dijimos que la preocupación por los “pretéritos presentes” constituye un rasgo característico de algunas configuraciones políticas actuales – pensemos, al menos, en el caso argentino – que nos habla de una forma particular de concebir la noción de tiempo histórico. Al decir esto estamos presuponiendo que el tiempo no es solamente una variable externa o condición previa de cualquier acción política, sino, antes bien, un *objeto de decisión política*. Norbert Lechner fue más allá al afirmar que “hacer política implica estructurar el tiempo”.¹⁵

Siguiendo el planteo de Koselleck, dicha estructuración dependerá del modo en que, en cada momento determinado, se resuelva la tensión constitutiva que existe entre espacios de experiencia y horizontes de expectativas. Si la elaboración de la brecha del tiempo supone la asunción de un compromiso político respecto al pasado, éste no puede sino estar orientado por expectativas y experiencias que limitan el espectro de aquello que es posible *hacer con el tiempo*, los modos en que pasado y futuro pueden entrecruzarse. Se trata de dos categorías que, puestas en relación – casi no podrían concebirse si no es de manera dialécti-

10 ARENDT: Opcit, p.16.

11 Ibidem

12 Ibidem

13 Ibidem, p.20

14 Ibidem, p.19

15 LECHNER, N: *Los patios interiores de la democracia*, p.71.

ca, polarmente tensa-logran tematizar el tiempo histórico. Según el autor, son incluso adecuadas para intentar “descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues, enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político”.¹⁶ Expresiones que no se investigan como conceptos del lenguaje de las fuentes, tampoco proporcionan una realidad histórica, pero sin embargo pueden “descubrir empíricamente” al tiempo histórico, siempre y cuando sean llenadas de un contenido, siempre variable. Creemos que aquí radica la riqueza del enfoque koselleckiano; una filosofía del tiempo histórico que no se apoya en ningún supuesto de trascendencia sino que parte del problema político que lleva consigo la cuestión. Elaborado para poder pensar la transformación moderna, continúa siendo potente para reflexionar acerca de nuevas experiencias del tiempo.

Si “la historia concreta”¹⁷ se madura a partir de determinadas experiencias y determinadas expectativas, los usos políticos del pasado no podrían entenderse si no es a raíz de estas categorías. “Los fantasmas retrospectivos tienen por fuerza un límite, pues el pasado posee una reserva de significaciones propias que restringen el espectro de las que es susceptible de recibir y canalizan la libertad de un eventual dador de sentido.”¹⁸ La reflexión de Pomian tenía una dirección, si se quiere, más ontológica acerca del pasado, sus condiciones de verdad. Pero podemos pensarla aquí en cruce con los conceptos que nos interesa comprender. Espacios de experiencia y horizontes de expectativas representan los límites irrecusables de toda apelación al pasado realizada desde el ámbito de la política, los márgenes necesarios de una reserva de significaciones apoyada en determinadas “cosas que *ya* no existen” –sean éstas posibilidades cumplidas o erradas y determinadas “cosas que *aún* no existen”.¹⁹

Las primeras, un pasado presente, es decir, cuyos acontecimientos han sido incorporados y por lo tanto pueden –en algunos casos *deben*- ser recordados; las segundas, el futuro hecho presente pero no experimentado, un “todavía-no” que necesita de una experiencia particular para poder ser pensado. Estamos hablando de operaciones concretas, que remiten en todos los casos a la dinámica política y cultural de la que son fruto. Nos obligan a abandonar la concepción del sentido del pasado como “cosa inmutable”²⁰ o susceptible de aprehensiones literales, y del presente como desconectado del pasado, o bien prefigurado por el ayer. Experiencias y expectativas nos remiten igualmente a la parcialidad de las interpretaciones progresivas y circulares del tiempo: “debe haber estructuras de la historia, formales y a largo plazo, que permitan reunir repetidamente las experiencias”.²¹ Sin un mínimo de necesidad de trascendencia de las unidades de experiencia, dice Koselleck, no habría incluso posibilidad alguna para explicaciones últimas –con todo lo provisional que pueda resultar esta formulación-.²²

Una vez que encontramos en el tiempo algo más que el “pan cotidiano del historiador”²³, se evidencia la naturalización e instrumentalización que hacen de él frecuentemente un objeto impensado, “no por tratarse de algo impensable, sino porque no es pensado”²⁴. Arendt y Koselleck confluyen, finalmente, en una propuesta explícita por pensar el tiempo histórico, que no busca encontrar en él ninguna clase de esencia, sino más bien una relación,

16 KOSELLECK, R: Opcit, p.336.

17 Ibidem.

18 POMIAN en QUATTROCCHI-WOISSON: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, p.323.

19 ARENDT, H: Opcit, p.15.

20 CRENZEL, E: *Historia y memoria. Reflexiones desde la investigación*, p.5.

21 KOSELLECK, R: Opcit, p.350.

22 KOSELLECK, R: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, p.42.

23 HARTOG, F: Opcit, p.27.

24 Ibidem.

contingente, conflictiva y siempre formulada a partir de lo contemporáneo. Nos referimos a la perspectiva de Hartog, más específicamente, a aquellos elementos que hacen de los *regímenes de historicidad* una herramienta heurística para el análisis y la crítica de los distintos modos en que las sociedades tratan a su pasado –sus pasados, en ocasiones muy distantes espacial o temporalmente- o se refieren a él. No se trata de una realidad dada, mucho menos directamente observable. Antes bien, hacen referencia a una particular “modalidad de conciencia” de sí misma por parte de una comunidad humana. Los regímenes, pues, se conjugan en plural, así como son diversos los contornos de dichas modalidades. A una diversidad de modos de relacionarse con el tiempo le corresponde una diversidad de regímenes de historicidad, de órdenes que varían de acuerdo con los lugares y los momentos.

Habitar el presente implica ponerlo en perspectiva y para ello habrá que establecer vínculos de variable intensidad con el pasado, pero también con el futuro. Qué destruir, qué conservar, qué reconstruir, qué construir y cómo: algunas de las muchas decisiones que involucran una relación explícita con el tiempo.²⁵ Sabemos que son parte de la tarea del historiador; nos interesa conocer de qué modo lo son también de la política, asumiendo que el objetivo posee alguna complejidad. Tal como sostiene Hartog, las relaciones que una sociedad mantiene con el tiempo parecieran estar poco sujetas a discusión, resultar apenas negociables.²⁶ Creemos, sin embargo, que detrás de dicha apariencia reside una relación nada exenta de tensiones –la de la política y la historia- y una operación –los usos del pasado- que requiere de algunas aproximaciones conceptuales como las que aquí ensayamos para poder ser aprehendida en su complejidad, antes que reducida a algunas de sus aristas quizás más visibles –nos referimos, por ejemplo a posibles reducciones de los usos en “abusos”-.

La hipótesis del régimen de historicidad, así como las revisadas anteriormente y contenidas, de algún modo, en el planteo de Hartog, no intenta aprehender mejor el tiempo, los tiempos, o “el todo” del tiempo, sino más bien aquellos momentos que podríamos denominar de crisis del tiempo, cuando las articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro dejan de parecer obvias y, quizás gracias a ello, aparece en primer plano la política como constructora de nuevas relaciones. En este sentido, optamos por enfoques que, sin prescindir de los recursos de inteligibilidad que aporta el reconocimiento braudeliano de la pluralidad del tiempo social (tiempos largos, cortos medianos, superpuestos, imbricados), eligen afrontar el problema desde otro lugar. Un lugar que, a nuestro modo de entender, reintroduce en el tiempo intenciones y problemas que permanecen ausentes en el clásico repertorio de las duraciones. Dice Hartog: “No se puede pasar de un régimen a otro sin periodos de conflicto”.²⁷ A la simultaneidad o discontemporaneidad de los hechos se le sobrepone, entonces, otra cuestión: “¿cómo construir un orden político cuando unos exigen la perpetuación de lo existente, otros reivindican la revolución ahora y otros postulan rupturas pactadas?”.²⁸

Enfocar la atención en las formas o modos de articulación del pasado, presente y futuro habilita la formulación de interrogantes que no debieran dejar de formularse en momentos de transformación política o social:

¿De qué manera, variable en función de los lugares, los tiempos y las sociedades, se ponen a funcionar dichas categorías, que son a la vez categorías del pensamiento y la acción?; ¿de qué manera logran hacer posible y perceptible el despliegue de un orden del tiempo?; ¿de qué presente, con miras

25 Ibidem, p.31.

26 Ibidem, p.19.

27 Ibidem, p.133.

28 LECHNER, N: Opcit, p.81.

*a qué pasado y a qué futuro se trata aquí o allá, ayer y hoy?*²⁹

Un “pasado olvidado”, otro “recordado en demasía”, un “futuro que prácticamente hadesaparecido en el horizonte”, “un presente que se consume en forma ininterrumpida en la inmediatez” o bien otro “casi estático, interminable, por no decir eterno”, constituyen algunas de las modulaciones propuestas por Hartog, y que esperan ser dotadas de un contenido preciso, historizadas en sus relaciones recíprocas. Si dijimos que el tiempo histórico es producido por la distancia-tensión creada entre espacios de experiencia y horizontes de expectativa; la hipótesis del régimen de historicidad viene a arrojar nuevas luces sobre los tipos de distancia y los modos de tensión.

Tiempo, política e historia en la Argentina contemporánea

Este breve recorrido por algunas reflexiones que consideramos significativas acerca del tiempo histórico nos reveló un dato común, sugerido en planteos que no necesariamente comparten los mismos puntos de partida teóricos: existe en el tiempo algo que reclama ser experimentado, asumido, elaborado por las personas y sociedades que con él interactúan. Y esta elaboración adquiere un contenido estrictamente político cuando se trata de pensar el problema en términos colectivos. Al comienzo planteamos que una nueva relación con la temporalidad constituye un elemento fundamental en la construcción de una nueva política democrática. En lo que resta intentaremos aclarar los alcances de esta proposición. Para ello resulta interesante retomar algunos puntos de la propuesta elaborada hace ya tiempo por Norbert Lechner, sin desconocer que sus preocupaciones fueron las de una generación específica: el realismo político proporciona algunas de las claves necesarias para poder dilucidar la relación entre la historia y la política, o más específicamente, entre el tiempo y la democracia. Dice el autor:

*Entiendo el realismo político como una categoría crítica referida a la construcción de un nuevo orden. La transformación social exige una crítica de lo históricamente dado, pero también del futuro posible (...) He aquí la actualidad del realismo maquiaveliano para nuestros países: vincular a innovación a la duración.*³⁰

Realismo no significa para nosotros ni aceptación conservadora del mundo tal como se nos presenta, ni una teoría de la “naturaleza negativa” del hombre. Significa, sí, la posibilidad de pensar aquello que todavía no existe, a partir de lo que existe: el conflicto, constitutivo por definición de la vida política en comunidad. A los fines que nos interesan y siguiendo el planteo mencionado, el realismo es también una “cuestión de tiempo”³¹, al menos en un sentido: como conciencia histórica acerca de la efectividad del pasado en el presente; un pasado que no puede ignorarse, pero tampoco asumirse como mera inercia. La “crítica de lo posible” nos remite entonces a la producción de temporalidades. Ejercer el poder es gobernar el tiempo: el tiempo propio, el de los oponentes y de la sociedad en general; el cronológico pero también el histórico, el de la información, el secreto y la sorpresa, y aquel que sirve como campo de batalla por la construcción de hegemonía y su perdurabilidad.

Comenzamos este trabajo con un desafío: poner en diálogo enfoques clásicos y recientes, para asomarnos a una filosofía del tiempo histórico que permita comprender mejor la

29 HARTOG, F: Opcit, p.39.

30 LECHNER, N: Opcit, p.69.

31 Ibidem, p.72.

relación entre historia y política. Podemos finalizarlo con otro: de qué manera esta relectura, efectuada a la luz del presente político, puede ser útil para interrogarnos acerca de nuestras actuales formas de relacionarnos con el tiempo. La alternativa entre representaciones del pasado construidas de modo diverso y con objetivos distintos no se reduce hoy a un conflicto entre “la historia y la memoria” (historiadores y testigos o participantes). Coincidimos con Cattaruzza en que los actores y representaciones en juego son muchos más.³²

Particularmente, la última década fue testigo de la consolidación del Estado como un usuario central del pasado argentino, y esto nos habla de un cambio importante en las formas de construir representaciones e imaginarios políticos. En tiempos de la llamada “cultura de lo instantáneo”-deudora, en nuestro caso, de un neoliberalismo presentista que invocó al pasado únicamente como aquello contra lo cual debía construirse un nuevo presente- los usos públicos del tiempo históricoparecen al menos interrumpirlo que de otro modo sería un presente continuo.No son sólo imágenes de la historia, entonces, lo que se pone en juego en estas circunstancias. Lo que hace que diferentes actores, en este caso el Estado, entiendan que vale la pena intervenir sobre el pasado es la certeza de que dicha intervención tiene un poder; el de tornar legítimas las posiciones presentes y de influir en las batallas actuales. Ahora bien, la lectura de Hartog nos obliga a agudizar en estos casos la mirada. La memoria, y junto con ella la historia nacional, pueden desempeñar también el lugar de instrumentos presentistas, cuando el pasado es asumido para cosificarlo y no para construir sentidos de proceso.³³¿Hasta qué punto, entonces, el kirchnerismo encarna una política de la historia con el objetivo de promover una transformación del presente a la luz del pasado?, ¿Se trata sólo de una función legitimadora, o de un nuevo tipo de encuentro entre pasado, presente y futuro?

Algunas reflexiones finales

A lo largo de estas páginas nos propusimos analizar y relacionar algunas claves de lectura propuestas en diferentes momentos por tres autores que tuvieron entre sus varios objetos de estudio al tiempo histórico: Hannah Arendt, Reinhart Koselleck y François Hartog. El objetivo no fue tanto reconstruir en ellos alguna teoría del tiempo, como encontrar pistas que permitan enriquecer el significado y los alcances de otro fenómeno que nos interesa particularmente: los usos del pasado. En este sentido, un interrogante común estructuró el recorrido por cada uno de los planteos: ¿Hay algo en el tiempo que reclame ser usado?;dicho de otra manera, ¿podemos pensar en el tiempo histórico independientemente de sus usos?Las preguntas no admiten respuestas definitivas, aunque sí delimitan ciertas zonas que fueron las transitadas en mayor o menor grado por las propuestas elegidas.El tiempo histórico no es una determinación vacía de contenido; es antes una relación y, en cuanto tal, va cambiando con el transcurso de la propia historia.

La figura arendtiana de la *brecha* del tiempo nos introdujo en el problema.Una brecha que se parecen ocasiones a cierta idea de vacío, como un escenarioen donde la capacidad creadora de las personas y las sociedades juega un papel relevante en términos políticos, fundamentalmente a partir del momento en que la tradición dejó de desempeñar sus antiguas funciones-guía. Una vez abierta la brecha, será el hombre quien deba presentar batalla a las fuerzas del pasado y del futuro, reapropiarse de aquello que cada una aporta para conjugar un presente político.Con Koselleck vimos que cualquier compromiso respecto al

32 CATTARUZZA, A: *Los usos del pasado. La historia y la política Argentina en discusión.*

33 HARTOG, F: Opcit, p.153.

tiempo está orientado por espacios de experiencia y horizontes de expectativas que limitan necesariamente aquello que es posible hacer del y con el tiempo, los modos en que pasado y futuro pueden entrecruzarse.

Sabemos que la coordinación de experiencias y expectativas se ha ido desplazando y modificando en el transcurso de la historia, a través de relaciones temporales que van más allá de la mera cronología. Esta tensión es constitutiva del tiempo histórico y por lo tanto deberá ser actualizada cada vez que la articulación entre pasado, presente y futuro deje de parecer evidente. Creemos que la actual coyuntura política argentina constituye un buen momento para poner en juego muchas de las hipótesis transitadas. Para ello, el recorrido efectuado nos lleva a rechazarla idea de una “facticidad del pasado” en tanto portadora de *un* sentido objetivo, y centrar la atención en los procesos, siempre conflictivos, de atribución de significados. El tiempo histórico no puede separarse de las experiencias respecto al tiempo; éstas, a su vez, resultan indisociables de la política. La apuesta de Arendt, finalmente, se mantiene: aprovechar al máximo los “momentos de verdad”; aquellas coyunturas en las que una adecuada elaboración de la tensión entre el pasado y el futuro puede aportar elementos centrales para un proceso de construcción política democrática.

Bibliografía

- ARENDR, Hannah: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona, 1996.
- CAETANO, Gerardo: “A propósito de las complejas relaciones entre historia y memoria: el horizonte democrático y los requerimientos de una “nueva orquestación del tiempo””, *Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani* [online]. 2011, n.33.
- CATTARUZZA, Alejandro: *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
- CRENZEL, Emilio: “Historia y memoria: reflexiones desde la investigación” en *Revista Aletheia*, Volumen 1, número 1, Octubre de 2010.
- GOEBEL, Michael: *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Prometeo, Buenos Aires, 2012.
- HARTOG, François: *Regímenes de historicidad*, Universidad Iberoamericana, México, 2003.
- HUYSEN, Andreas: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México, 2002.
- KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.
- KOSELLECK, Reinhart: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001.-LECHNER, Norbert: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FLACSO, Santiago de Chile, 1998.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.